

# Arte Argentino y Meridiano Cultural

19/12/58

por Sebastián Salazar Bondy

Se habló alguna vez del meridiano cultural Madrid-Buenos Aires como del eje de la inquietud artística en el universo del idioma español. Dicha línea de geografía espiritual trazaba bien la dirección del influjo creador de Europa en la costa atlántica de América, y de ahí a todo el continente indohispano. Otro meridiano era, sin duda, el que pasando por México cundía hacia el resto de nuestra tierra. El primero nos trajo, y nos trae aún, procedente de España, Francia, Italia o Alemania, las nunca estacionarias escuelas de la inspiración estética del viejo mundo. El segundo nos mostró los valores del propio origen, el modo de embebernos en nosotros mismos, extrayendo de nuestra realidad las esencias que otorgan singularidad a nuestra cultura. Pecaré de arbitrario, sin embargo, quien considere ambos trazos vectores como sendas contrapuestas y antinómicas, como vertientes que arrojan su caudal a distinto océano. Europa, en verdad, nos llega, tras la estación de Buenos Aires, asimilada ya por el alma argentina, que habita un sector fuerte y peculiar del ámbito americano, en el cual bullen, encontrándose a veces con violencia, las fuerzas típicas de nuestro universo. Y en México, al mismo tiempo, los instrumentos y las formas seculares de Occidente sirven para la tarea de introspección nacional y cultural, de la que provienen esos rasgos característicos que han hecho del arte mexicano un modelo precursor de americanismo.

La pintura argentina de este siglo, cuya expresiva muestra se exhibe actualmente en el Instituto de Arte Contemporáneo, manifiesta, por eso, no sólo la maestría del oficio incorporada definitivamente al acto creador, sino ciertas profundas y

ricas calidades plásticas y poéticas, particulares de cada individuo y de la comunidad en la que está incluido. Desde el impresionismo de Figari —uruguayo de nacimiento, pero platense de espíritu—, en el que desborda la melancolía pampeana, la atmósfera demorada y



provinciana del campo infinito, hasta las tendencias más recientes, hay en la exposición algo que no cabe definir sino como argentino, aunque la adjectivación regional no siempre resulte apropiada en cuanto se trata de arte. ¿Ese "Interior con sol", de Pettoruti, no tiene acaso la luz metálica, fría, diríamos irreal, del gran puerto? ¿No hay en "La muchacha", de Spilimbergo, la mirada asombrada del ser criollo, apenas citado al encuentro consigo mismo? ¿Y las figuras añorantes de Basaldúa, las criaturas sutiles de Norah Borges, la ómnica aparición de Batlle Planas, el fresco y tierno personaje de Seoane, no afirman, de alguna manera, la novedosa fuente humana de la que proceden? Todos estos artistas, al mismo tiempo, emplean un lenguaje que heredan de la pin-

tura de Europa, sabia y elocuente como la voz de un pueblo que ha dicho lo mejor del mejor modo. Otros pintores, en mayor o menor grado, apuntan allí a la síntesis de los dos mundos en nupcias.

Síntesis, precisamente, es la palabra que mejor se adecúa al esfuerzo cultural de nuestros pueblos. Síntesis de lo propio y lo heredado, que no implica defeción ni sumisión. Que es, ante todo, conciencia de que prolongamos, tal como nos conviene, un legado antiguo y maravilloso. En los artistas argentinos tal acto de asunción es más explícito que en los de los otros países del continente, pero no menos necesario que en éstos. Sus nombres mismos, sus biografías, nos refieren una aventura emigratoria, un salto de una orilla a otra que, a pesar de su impulso, no deja de llevar en la trayectoria la savia del manantial primigenio para mezclarla libremente al barro de la nueva morada. Batlle es catalán; Badi, italiano; Seoane, gallego; Gertrudis Chale, austriaca, mas todos son, por su obra, que es su vida, argentinos. Basaldúa, Butler, Raquel Fomner, Vitorica, Pettoruti, Soldi, se formaron en París, en Roma, en Madrid, o en cualquier otra ciudad europea, pero han conservado, tras los conocimientos adquiridos, la sensibilidad patria, es decir, un aire que puede identificarse de una sola mirada. Basta eso para que la lección que este arte entraña sea por su libertad y por su consecuencia, mayormente apreciable. El camino de América no está todavía cumplido.

A los meridianos cuyos ejes iniciales están en ultramar reemplazará algún día uno solo que desde México alcance Buenos Aires, y una, en su extensión, todas las capitales de la América india.